

resultados acostumbrados. Barrás y Rewbell, que ya eran enemigos de Carnot, empezaron á aborrecerle mas desde que principió á ser objeto de tantas alabanzas, y le echaban la culpa del mal que se decia de ellos. En vano hacia esfuerzos Larreveillere para calmar aquellos resentimientos, pues la discordia progresaba funestamente, y el público instruido de lo que pasaba distinguia al directorio en minoria y mayoría poniendo á Larreveillere, Rewbell y Barrás de una parte, y á Carnot y Letourneur de la otra.

Del mismo modo clasificaban á los ministros, y como su principal intento era criticar la direccion de la hacienda, perseguian al ministro Ramel<sup>2</sup>, que era un escelente administrador, pero que por la penosa situacion del tesoro se veia precisado á valerse de espedientes que serian reprecensibles en cualquiera otro tiempo, pero que eran inevitables en las circunstancias. Se cobraban con mucha dificultad las contribuciones, á causa del desorden espantoso en el sistema de las cobranzas, y había sido preciso reducir el impuesto territorial al mismo tiempo que las contribuciones indirectas producian mucho menos de lo que se había presumido. Muy á menudo se encontraba la telería sin un cuarto y en los casos urgentes se solía echar mano de los fondos destinados al gasto ordinario para el extraordinario,

ó bien se anticipaban las entradas haciendo contratas onerosas, á que suelen precisar ciertas situaciones. Entonces eran los gritos contra los abusos y las malversaciones, cuando se hubiera debido por el contrario acudir al socorro del gobierno. Continuamente estaba el bueno de Ramel, que desempeñaba su ministerio con tanta ilustracion como integridad, siendo objeto de los ataques de los diarios; y lo mismo le sucedía al ministro de la marina Truguet, bien conocido por su republicanismo, por su amistad con Hoche y por lo mucho que protegía á todos los oficiales patriotas. Todavía trataban peor al ministro de negocios estrangeros Delacroix, hombre muy capaz como administrador, aunque mal diplomático por ser bastante pedante y áspero en sus relaciones con los ministros de las potencias y por último no se trataba mejor á Merlin, que estaba desplegando en su administracion de la justicia todo el fervor de un republicano montañés. En cuanto á los ministros del interior, guerra y policía, que eran Benezech, Petiet<sup>3</sup> y Cochon los dejaban enteramente aparte, porque el primero había sufrido ya tantos ataques de los jacobinos por haber propuesto que se volviese al comercio libre de los víveres y que se dejase de alimentar á Paris, que había llegado á hacerse agradable al partido contra-revolucionario. Era un adminis-



trador muy hábil, pero echaba mucho de menos el antiguo régimen en que se había criado, y merecía en parte el favor de los que le aplaudian. El segundo esto es Petiet como ministro de la guerra desempeñaba bien sus funciones, pero era hechura de Carnot, y participaba de su suerte en el concepto de los partidos. En cuanto á Cochon le recomendaban tambien sus relaciones con Carnot, y el descubrimiento que hizo de las tramas de los jacobinos y su celo en perseguirles, le valía el favor del partido contrario que le elogiaba con exageracion.

A pesar de aquellas divergencias no dejaba de estar bastante unido el gobierno para administrar con vigor y continuar con gloria sus operaciones contra las potencias de Europa, y la oposicion estaba contenida siempre por la mayoría convencional que habia quedado en el cuerpo legislativo. Sin embargo se iban acercando las elecciones y aproximándose el momento en que habia de elegirse otro tercio, bajo el influjo de las circunstancias en reemplazo del otro convencional. Se lisongeaba la oposicion de adquirir entonces la mayoría y salir del estado de sumision en que habia vivido hasta entonces, por lo cual principiaba á ser mas altanero su lenguaje en los dos consejos y no disimulaba sus esperanzas. Reuníanse los miembros de aquella minoría en el Tivoli para

entretenerse acerca de sus proyectos y concertar su marcha. Poco á poco se fue convirtiendo aquella reunion en una especie de club de los mas violentos bajo el nombre de *Club de Clichy*, y del mismo movimiento participaban los diarios. Una multitud de jóvenes que bajo el antiguo régimen habian hecho algunos versitos, se pusieron á declamar en cincuenta ó sesenta periódicos contra los excesos de la revolucion y contra la convencion á quien se los imputaban. A oírles, nada tenian contra la república, sino contra los que habian ensangrentado su cuna. Ellos formaban con anticipacion las listas de los electores y procuraban indicar los nombramientos, usando del mismo lenguaje, espíritu y pasiones del mes de vendimiario, así como se notaba la misma buena fe y credulidad en las masas, la misma ambicion en algunos individuos, é igual perfidia en algunos conspiradores que trabajaban secretamente en favor de la monarquia.

Cada dia volvía á renacer aquella faccion realista siempre vencida pero siempre crédula é intrigante, porque nunca faltan estos siempre que hay una pretension apoyada con algunos auxilios de dinero para servirla con sus miserables proyectos. Por mas que Lemaitre hubiese sido condenado á muerte, y se hubiera sometido el Vendée, y hubiese sido privado Pichegrú del mando del



ejército, no por eso cesaban las intrigas del partido, sino que por el contrario continuaban con la mayor actividad. Verdad es que todas las situaciones se habian cambiado extraordinariamente, porque el pretendiente, á quien unas veces calificaban de conde de Lille y otras de Luis XVIII, habia salido, como ya dijimos, de Verona para trasladarse al ejército del Rhin, deteniéndose un momento en el campo del príncipe de Condé, donde una casualidad puso su vida en peligro. [Estando asomado á una ventana recibió un tiro de fusil y la bala le tocó en la cara, cuyo suceso no podia menos de atribuirse al directorio, por mas que no se supiese de donde habia salido, y por mas que no fuera tan necio aquel gobierno para pagar un crimen que solo podia ser útil al conde de Artois. No permaneció mucho tiempo el pretendiente al lado del príncipe de Condé porque de ningun modo convenia su presencia al gabinete de Viena, que no habia querido reconocerle, y conocia cuanto habia de agriar las quejas de la Francia ya no poco costosas y crueles. Por tanto se le significó la orden de marchar y habiéndose negado á ello se envió un destacamento para obligarle, con lo que se retiró á Blankemburgo, donde continuó siendo centro de todas las correspondencias, y Condé se quedó con su cuerpo en el Rhin. El conde de Artois despues de sus vanos

proyectos en el Vendée se habia retirado á Escocia, desde donde se carteaba con algunos intrigantes que iban y venian desde el Vendée á Inglaterra.

Habiendo muerto Lemaitre habian ocupado su puesto y sucedido en la confianza del pretendiente sus compañeros, que como ya dijimos eran el abate Brottier, antiguo perceptor, Laville-Heurnois, antes relator del consejo, un cierto caballero Despomelles, y un oficial de marina llamado Duverne de Présle. Habian tenido por sistema estos agentes de Paris hacerlo todo por medio de intrigas en la capital, mientras que los del Vendée pretendian hacerlo todo por medio de la insurreccion armada, y el príncipe de Condé por el intermedio de Pichegrú. Hallándose pues sometido el Vendée y condenado Pichegrú á la nulidad, mientras que se suscitaba una reaccion contra-revolucionaria, se persuadieron los agentes de Paris á que todo era de esperar de un movimiento espontaneo del interior. Por eso se proponian apoderarse de las elecciones y con ellas de los consejos; por medio de estos del directorio y de los empleos, con lo cual tenian por seguro restablecer la monarquía con los medios mismos que les suministraba la república. Pero para ello era necesario poner un término á la divergencia de ideas que siempre habia reinado en los proyectos de contra-revolucion.



Puisaye que se habia quedado oculto en la Bretaña, soñaba como siempre en la insurreccion de aquella provincia. Mr. de Frotté en la Normandía procuraba preparar allí otra segunda Vendée, pero ni uno ni otro querian entenderse con los agentes de Paris. El príncipe de Condé, aunque chasqueado en el Rhin en su intriga con Pichegrú, siempre estaba empeñado en conducirla á parte sin mezclarse con los Austriacos ni con el pretendiente, á quienes hartó sentia haber puesto en el secreto. Para dar alguna unidad á unos proyectos tan incoerentes, y sobre todo para adquirir dinero enviaron los agentes de Paris á viajar á uno de ellos por las provincias del oeste por Inglaterra, por Escozia, por Alemania y por Suiza, escogiendo para ello á Duverne de Presle; y ya que no pudieron privar á Puisaye de su mando procuraron valerse del influjo del conde de Artois para hacerle entrar en el sistema de la agencia de Paris y precisarle á que se entendiese con ella. Se pudo conseguir de los Ingleses lo mas importante que era dinero, é hicieron que el pretendiente les diese los poderes necesarios para realizar todas las intrigas de la tal agencia de Paris. Se acercaron tambien al príncipe de Condé pero sin poder hacerle comprender la cosa ni menos dejarle gobernar. Vieron á Mr. de Precy que continuaba siendo el promotor secreto de las turbu-

lencias de Lyon y del Mediodia. Ultimamente se concertó un plan general en el cual no habia concierto ni unidad sino en el papel y no por eso impedía que cada cual obrase á su manera conforme á sus intereses y pretensiones.

Se convino en que se dividiese la Francia en dos agencias, una de las cuales abrazaria el Este y el Mediodia y la otra el Norte y el Oeste. Púsose al frente de la primera Mr. de Precy y la segunda era dirigida por los agentes de Paris, debiendo estas dos agencias ponerse de concierto para todas sus operaciones y seguir correspondencia directa con el pretendiente quien les daría sus órdenes. Pensaron en establecer asociaciones secretas semejantes á las de Babœuf, esto es, perfectamente aisladas sin que se supiese el nombre de los corifeos con lo cual era imposible que se sorprendiese toda la conspiracion aun cuando se descubriese alguna de sus partes. Era necesario acomodar aquellas asociaciones al estado de la Francia y como ya habian visto que la mayor parte de la poblacion, por mas que no desease la vuelta de los Borbones, preferia el orden y el sosiego á todo, é imputaba al directorio la continuacion del sistema revolucionario, se formó una especie de francmasoneria llamada de los *filantrópicos*, la cual se comprometía á usar de sus derechos electorales y aplicarlos en favor de los que eran opuestos al



directorio. Los mismos filantrópicos ignoraban el objeto secreto de aquella intriga y no se les habia de comunicar mas que una sola de sus intenciones que era la de reforzar la oposicion. Otra asociacion mas secreta y reservada aunque menos numerosa intitulada de los *Fieles* habia de componerse de aquellos hombres mas enérgicos y celosos á quienes podia sin inconveniente descubrirse el secreto de la faccion. Estos habian de ser ocultamente armados y prontos para cualquier empresa repentina. Era menester que se alistasen en la guardia nacional que todavia no estaba organizada y bajo la proteccion de aquel uniforme ejecutar con mayor seguridad las órdenes que se les diesen. Su principal obligacion, prescindiendo de todo otro plan de insurreccion, consistia en vigilar sobre las elecciones y en caso de haber de llegar á las manos, como ya habia sucedido en el mes de vendimiario, debian acudir en favor del partido de la oposicion. Ademas de eso contribuian los fieles á ocultar á los emigrados y á los clérigos, á proporcionar pasaportes falsos y á perseguir á los revolucionarios y compradores de bienes nacionales. Estaban estas asociaciones bajo la direccion de gefes militares que se correspondian con las dos principales agencias y recibían sus órdenes; y á esto se reducía por entonces el plan de la faccion: plan quimérico, de que no debia

tal vez hacer mencion la historia, si no sirviese para dar á conocer los sueños con que se lisongean los partidos de sus derrotas. A pesar de aquella pretendida unidad no consiguió otra cosa la asociacion del Mediodia sino formar compañías anónimas que obraban sin otra direccion ni objeto determinado que la inspiracion de la venganza y del saqueo. Puisaye, Frotté y Rochecotte <sup>5</sup> en la Bretaña y en la Lombardia, trabajaban á parte con el objeto de rehacer un nuevo Vendée; y desaprobaban la contra-revolucion mixta de los agentes de Paris. Llegó Puisaye á publicar un manifiesto declarando que nunca auxiliaria la Bretaña proyectos que no se dirigiesen á restablecer á viva fuerza una monarquia absoluta é íntegra en favor de la familia de Borbon.

El príncipe de Condé por su lado continuaba en correspondencia directa con Pichegrú, cuya conducta singular y rara no puede esplicarse sino con su apurada situacion. Este general, único en la historia que se haya dejado batir voluntariamente, había pedido el mismo su dimision, cosa que debe parecer admirable, porque esto era lo mismo que privarse de todo medio de influjo, y por consecuencia de llevar á cabo sus pretendidos designios. Sin embargo se la comprenderá fácilmente si se considera la situacion de Pichegrú, el cual no podía continuar siendo general sin po-



ner en ejecución los proyectos que había anunciado , por los cuales había recibido ya á cuenta sumas considerables , al mismo tiempo que tenía á la vista tres ejemplos , todos muy diferentes que eran el de Bouillé, el de Lafayette y el de Dumouriez, los cuales le demostraban la imposibilidad de arrastrar á la desercion á un ejército entero. Por eso quería ponerse en impotencia de intentar nada y pidió su dimision, que el directorio tuvo mucha pena en concederle porque ignoraba su traicion. Quedáronse sorprendidos el príncipe de Condé y sus agentes de la conducta de Pichegrú, sospechando que les había sacado el dinero sin haber pensado nunca en servirles. Pero apenas destituido , se volvió Pichegrú á las orillas del Rhin bajo pretexto de vender sus equipages , y pasó luego al Jura que era su pais natal. Desde allí continuó en correspondencia con los agentes del príncipe pintándoles su dimision como una combinacion profunda, pues de este modo , decia él iba á ser considerado como una víctima del directorio , relacionarse con todos los realistas del interior y formar un partido inmenso ; su ejército que pasaba á las órdenes de Moreau , le echaria mucho menos y al primer revés que sufriese no dejaria de reclamar á su antiguo general y rebelarse para que se le volvieran. Aquel era el momento que sabia aprovechar para quitarse la más-

cara , tomar la dictadura y proclamar la monarquía. Aun cuando hubiese sido sincero aquel plan habria quedado sin efecto con los sucesos de Moreau , quien aun en medio de su famosa retirada no había dejado de ser victorioso. Tanto el príncipe de Condé como los generales austriacos á quienes este se habia visto precisado á poner en la confianza , y el ministro ingles en Suiza Wickam , principiaban á creer que les habia engañado Pichegrú y no querian continuar en su correspondencia ; pero á instancias de los agentes intermedios , que nunca quieren convenir en que han hecho una tentativa vana , se continuó aquel carteo para ver si se sacaba algo de provecho. Iban las cartas por Strasburgo por medio de algunos espías que pasaban el Rhin y se dirigian al general austriaco Klinglin ; y tambien por Basilea con el ministro ingles Wickam. Permaneció Pichegrú en el Jura , sin aceptar ni reusar la embajada de Suecia que se le propuso , pero trabajando porque le nombraran diputado , engañando á los agentes del príncipe con miserables promesas y continuando en recibir sumas considerables. Les hacia esperar los mas grandes resultados de su nombramiento al consejo de los Quinientos y se vanagloriaba de un influjo que no tenia ; así como pretendia haber dado al directorio consejos péfidos y decidídole á tomar resoluciones peligrosas , co-



mo por ejemplo la larga resistencia de Kehl, que decia haber aconsejado solo para comprometer al ejército. No se contaba mucho con aquellos imaginarios servicios, y el conde de Bellegarde <sup>6</sup> escribia diciendo: «Nos hallamos en el caso de un jugador que quiere recobrar su dinero y se pone á perder mucho mas para rescatar lo que ha perdido.» Sin embargo continuaban los generales austriacos su correspondencia con él, por que á falta de grandes planes, adquirian á lo menos noticias preciosas sobre el estado y movimientos del ejército frances. Los infames agentes de aquella correspondencia enviaban al general Klinglin los estados y planes que podian proporcionarse, y durante el sitio de Kehl no habian cesado de indicar ellos mismos los puntos á donde habia de dirigirse el fuego del enemigo para que produjera mayor efecto.

Tal era entonces el miserable papel que desempeñaba Pichegrú, el cual con un mediano talento no dejaba de ser astuto y prudente, y tenia bastante tacto y esperiencia para saber que todo proyecto de contra-revolucion era inexecutable en aquel momento. Bastante prueban esta persuasion sus eternos pormenores y sus fábulas para entretener la credulidad de los agentes del príncipe, y lo probará mucho mas su conducta en circunstancias importantes. Mas no por eso deja-

ba de recibir el precio de unos proyectos que no pensaba en ejecutar, con la circunstancia de que hacia que se le ofreciesen sin solicitarle.

Verdad es que igual conducta observaban todos los gentes del realismo, los cuales mintiendo sin el menor pudor, se atribuian un influjo que distaban mucho de tener, y pretendian disponer de los hombre mas importantes sin haberles hablado en toda su vida. Brottier, Duverne de Presle y Laville-Heurnois se alababan de tener en su mano á un gran número de diputados de los dos consejos y se prometian disponer de otros muchos despues de las nuevas elecciones. Pero no habia una sola palabra de verdad ni tenian relacion mas que con el diputado Lemerer <sup>7</sup> y con un tal Mersna <sup>8</sup> que habia sido escludido del cuerpo legislativo en virtud de la ley del 3 de brumario contra los parientes de los emigrados. Pretendian por medio de Lémerer tener en su favor á todos los diputados que componian la reunion de Clichy, creyendo segun sus discursos y modo de votar que probablemente aplaudirian la restauracion de la monarquía, y con esto solo se daban por autorizados para ofrecer su celo y hasta su arrepentimiento al rey de Blankemburgo. Asi engañaban aquellos miserables al rey y calumniaban á los miembros de la reunion de Clichy, donde habia algunos ambiciosos que eran enemigos de los con-



vencionales porque estos ocupaban todo el gobierno; había otros exasperados contra la revolución, muchos bobitontos que se dejaban conducir, pero poquísimos con la osadía necesaria para pensar en la monarquía ni que fuesen capaces de trabajar útilmente en su restablecimiento. Pero sobre estos fundamentos tan debiles edificaban los agentes del realismo todos sus proyectos y promesas.

La Inglaterra era quien pagaba todos los gastos de la presunta revolución, y enviaba de Londres á Bretaña todos los socorros que pedia Puisaye, al mismo tiempo que el ministro inglés en Suiza Wickam estaba encargado de suministrar fondos á las dos agencias de Lyon y Paris, y de hacérselos llegar directamente á Pichegrú que segun la correspondencia, estaba *reservado para las grandes ocasiones*.

Los agentes de la contra-revolucion tenían la pretension de tomar el dinero de la Inglaterra y burlarse despues de ella, estando convenidos con el pretendiente en recibir sus fondos, sin seguir jamas ninguna de sus ideas, ni obedecer ninguna de sus inspiraciones de las cuales decian que era menester desconfiarse. Mas no se crea que lo ignore la Inglaterra sino que les despreciaba cual merecian, y tanto Wickam como Pitt y todos los ministros ingleses contaban muy poco con las ofertas de aquellos señores y no esperaban semejan-

te contra-revolucion. Pero necesitaban embrollos que perturbasen la Francia, que inquietasen con sus proyectos, y que sin poner al gobierno en ningun verdadero peligro le causasen temores exagerados. Para eso sacrificaban con gusto uno ó dos millones de libras al año, y asi los engañados eran los agentes de la contra-revolucion creyendo engañar á los Ingleses, y á pesar de su deseo de hacer una picardia no lograban ejecutarla porque la Inglaterra no esperaba de ellos otros resultados que los que eran capaces de dar de sí.

Tales eran entonces los proyectos y recursos de la faccion realista, parte de los cuales sabia el ministro de policia Cochon, y que existian en Paris corresponsales de la corte de Blankemburgo, porque en toda nuestra larga revolucion donde hubo tantas intrigas no se verificó conspiracion alguna que hubiese quedado oculta. El seguia atentamente su marcha y les tenia atentamente rodeados de espías, aguardando á que emprendiesen alguna tentativa bien caracterizada para echarles la mano con toda seguridad, y no tardaron en presentarle la ocasion que deseaba. Continuando ellos en su gran proyecto de apoderarse de las autoridades pensaron ante todas cosas en hacerse dueños de las de Paris, cuya principal fuerza consistia en los granaderos del cuerpo legislativo y en el campamento de Sablons. Eran los granade-